

le llame al otro estando muerto, muerto quedará para siempre: por que allí ya no es posible resucitar. Ahora que estamos a tiempo, **debemos aprovechar el tiempo.** ¡Cuántos estarán ardiendo eternamente en el infierno por haber dejado para otro día su confesión, o lo que es lo mismo, su resurrección espiritual!

Y no basta la resurrección *pronta* sino que ha de ser *verdadera*, porque, hay en tiempo de pascua muchas resurrecciones falsas, que es una compasión. Hay resurrecciones sólo *aparentes*, como la de Samuel; hay otras verdaderas, pero de *muy poca duración*, como la de Lázaro, y hay otras, *gloriosas y permanentes*, como la de Jesucristo. Esta última es la que ha de procurar todo cristiano si no quiere perecer eternamente.

Dejando a un lado las resurrecciones aparentes como las de Samuel, y pasando a la segunda especie de conversiones, o sea a las que son reales y verdaderas, pero de *corta duración*, como la de Lázaro, os digo que es también una gran desdicha, muy frecuente en aquellos cristianos que se confiesan de tarde en tarde, o que tal vez sólo lo hacen una vez cada año en el cumplimiento pascual.

Lázaro, aunque hermano de Marta y María, y amigo de Jesucristo, es considerado por los Santos Padres como figura del pecador; y su resurrección que fué verdadera, y buena, como obra de su mismo Jesús, es una imagen de las resurrecciones o conversiones pasajeras que hoy se levantan y mañana tornan a caer.

Lázaro realmente se hallaba muerto en Bethania; cuatro días hacía que le habían enterrado, y ya exhalaba olor fétido, cuando

llegó Jesucristo, quien le resucitó instantáneamente, con la omnipotencia de su palabra, mandando antes quitar la losa que cubría el sepulcro; pero Lázaro, aunque permaneció algún tiempo vivo, tornó a morir, y tornó al sepulcro, donde le esperaban los gusanos y la hediondez. ¿Qué significa esta historia? ¿Cuál es su aplicación moral en nuestro caso?

Ya lo habéis adivinado. Es la resurrección de muchos pecadores que vienen en este tiempo a cumplir con el precepto pascual. Los pobres, deseando salvar sus ánimas, hacen algunos esfuerzos para recibir bien los Santos Sacramentos; confiesan, se arrepienten, comulgan, y aun quitan la piedra de la mala costumbre y de la ocasión próxima... pero, pasado algún tiempo, ¿qué acontece? ¡Oh! Estaban muertos y han resucitado; eran esclavos del demonio y ahora son hijos de Dios; más poco a poco va desapareciendo de su ánimo la santa impresión de los sacramentos recibidos, la flaqueza de su corazón mal acostumbrado les va inclinando insensiblemente a las mismas culpas en que antes se hallaban sumergidos; al principio les asusta la idea de tornar a cometerlas; luego se van deslizado a faltas veniales, hasta que al fin, el diablo o sus pasiones mismas, les empujan, y no sabiendo o no queriendo resistir cual debían, caen precipitados en las mortales, y muere su alma y tornan a la fétidez del sepulcro, como aconteció a Lázaro.

¡Pobres pecadores! ¡Cuán poco duró vuestra resurrección! ¿No es esto, lo que estamos presenciando todos los años en tiempo pascual? Es una lástima que esto suceda, y a tratar de evitarlo debemos encaminar todos nuestros esfuerzos.

las pisadas de los tahures y la monótona voz de los gariteros.

Qué bonito va esto, no? Pues ahora no más voy en el prólogo.

En el fondo de una sala donde hay un grande espejo, estaba un hombre sentado al lado de una mesa. Veíasele meditabundo y triste; al contemplarlo se conocía en él a uno de esos pocos hombres buenos que por fortuna cuenta nuestra sociedad; y si el mundo no fuera ingrato, sin duda que sería el hombre más atendido de todos, por lo menos así lo creo, y mientras que el que esto escribe exista, no faltará quien le haga elogios. Ese hombre, para decirlo de una vez, era YO.

Cansado de las ingratitudes de este mundo, como he dicho antes, pensaba ir a darle las quejas a la almohada, cuando de repente sonaron pisadas de tunantes en la calle. Luégo que entraron se me dirigieron, porque eran mis amigos,

Hay muchos cristianos que en realidad confiesan y comulgan bien, y a pesar de su inveterada costumbre de ir todos los días a tal casa, a tal reunión, a tal sitio peligroso... se abstienen por completo de semejantes peligros, con gran regocijo de la Iglesia y gran provecho de sus almas, de tal suerte, que si alguno fuere allí a buscarlos, podrían contestar con nuestro Evangelio: *Ha resucitado; no está aquí.* Mas ¿cuánto tiempo dura esto? —El primer día, bien. **Gloria al Padre.** —El segundo, no con tanto fervor, pero al fin se vence. **Gloria al Hijo.** —El tercero, lucha, combate, y haciendo un esfuerzo heroico, triunfa. **Gloria al Espíritu Santo.** —Pero, ¡Oh, dolor!, al cuarto sucumbe a la tentación y podemos decir de él: *Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum.*

En el primer día, paz completa en la familia, **Gloria al Padre.** —En el segundo, sólo algunas palabras ásperas, soportándose mutuamente con caridad. **Gloria al Hijo.** —En el tercero, algún pequeño litigio sin graves consecuencias: **Gloria al Espíritu Santo.** —Pero después... ¡oh! después. *Sicut erat in principio, et nunc, et semper et in saecula saeculorum.*

¿No es verdad, que acontece esto? ¿Y por qué ha de ser así? ¿No habrá algún medio para evitar tan tremenda desdicha? —Sí, ciertamente; y la Iglesia nos le propone en el día de hoy. No hay más que atenernos a nuestro Evangelio; hemos de resucitar como Jesucristo nuestro modelo; cuya resurrección fué real, verdadera, pública y duradera.

OJEA Y MÁRQUEZ

FOLLETÍN DE «ECO DE ORIENTE»

Desgracias a la Madrugada

Por José David Guarín

I.

El Reloj de la Rosa Blanca daba las once de la noche, (porque, entre paréntesis, esto ha de ir a modo de novela); las salas de la fonda estaban casi desiertas y Mr. Luis se había quedado dormido haciendo la cuenta de los que le debían, en tanto que el muchacho o sirviente principal agregaba a su cuenta unos cuantos reales que en ese día había hecho intención de ahorrar. Todo estaba en silencio: no se oía más que el ruido del caño, constante y eterno como el tiempo; el sonido de las bolas y de los taques;

y después del saludo de costumbre se me sentaron al rededor de la mesa junto a la cual me hallaba. Venían muy alegres y su conversación era muy animada, no diré por qué, pero para animarla más, pidieron brandy.

Pronto estuvieron llenas las copas, las tocamos unas con otras y *hip! hip! hip! hurra!* fué la conclusión.

Pero como el objeto de este prólogo es hacer conocer a los héroes, diré que el uno y principal era Delio P. presunto cónyuge de Irene..., y el otro era Sebastián, hermano de Delio, y el gracioso de los corrillos. Había dicho unas tres o cuatro gracias a tiempo y con eso tuvo para adquirir tal fama que con solo bostezar había para que los compañeros rieran hasta perder el resuello, los otros dos eran unos curiosos que ni a mis lectores les importa saber quiénes son ni a mí se me da dos pi-